

## UNIDAD DIDÁCTICA 1:

**La realidad es más importante que la idea (cf. EG 231). Reconocer las interpelaciones**

### EVALUACIÓN

#### **1. Leer atentamente y analizar el texto del siguiente artículo:**

J. Esquerda Bifet, "El despertar de la conciencia misionera de la Iglesia en un cambio de época. «Os anunciamos lo que hemos visto y oído»" (1 Jn 1,3), en: *Misiones Extranjeras* 290 (2019) 335-352.

#### **2. Haz un resumen personal de los contenidos del artículo.**

#### **3. En tu opinión:**

- a) ¿Cómo caracteriza al discípulo misionero?
- b) ¿Cómo describe la dimensión misionera de la Iglesia?
- c) ¿De qué interpelaciones desde fuera de la Iglesia habla?
- d) ¿Qué interpelaciones desde dentro de la Iglesia describe?
- e) ¿Qué aporta para adquirir una mirada contemplativa?

## EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA MISIONERA DE LA IGLESIA EN UN CAMBIO DE ÉPOCA “*Os anunciamos lo que hemos visto y oído*” (1Jn 1,3)

**Juan Esquerda Bifet<sup>1</sup>**

Publicado en: *Misiones extranjeras* 290 (2019) 335-352.

*Presentación: Evangelizar en una nueva época de la historia*

La “misión” no la inventamos nosotros. Se trata del mismo Jesús resucitado que vive en medio nuestro y que nos encarga dar a conocer su proyecto de amor salvífico para toda la humanidad y en todos los tiempos. Es el encargo recibido del Padre, que él cumplió “lleno de gozo en el Espíritu Santo” (Lc 10,21; cfr. Hech 10,38). La Iglesia, guiada por el mismo Espíritu, en cada momento de su caminar histórico, se deja sorprender por el Señor, de quien recibe nuevas luces y mociones para ser fiel a la misión recibida.

Mi reflexión tiene como punto de referencia inicial unas palabras del Papa Benedicto XVI en su despedida: “Desearía dejaros un pensamiento sencillo, que me importa mucho: un pensamiento sobre la Iglesia, sobre su misterio, que constituye para todos nosotros — podemos decir— la razón y la pasión de la vida... Dice Guardini: la Iglesia «no es una institución inventada y construida en teoría... sino una realidad viva... Vive a lo largo del tiempo, en devenir, como todo ser vivo, transformándose... Sin embargo su naturaleza sigue siendo siempre la misma, y su corazón es Cristo». Ha sido nuestra experiencia ayer, me parece, en la plaza: ver que la Iglesia es un cuerpo vivo, animado por el Espíritu Santo y vive realmente por la fuerza de Dios”.

La Iglesia está llamada a ayudar a toda la humanidad, para ver y encontrar a Cristo donde parece que no está; a veces, testimonia a Jesús y lo anuncia donde parece que no lo escuchan. Ella misma se encuentra en una situación y experiencia de “silencio” y “ausencia”, como ante el sepulcro vacío.

Calificar la actualidad como una “nueva época”, puede ser una expresión discutible entre los historiadores, pero con ello queremos decir que existe una mentalidad nueva, la cual valora con cierta exclusividad lo útil, lo eficaz, lo que gusta, las ganancias, las emociones.

Y también existe una globalización de fenómenos sociológicos, así como una intercomunicación inmediata y universal de noticias. Incluso, a veces, una “realidad” o noticia se describe según la propia emoción subjetiva, o también los acontecimientos se comunican según el gusto de los comunicadores o el que se prevé en los oyentes o lectores, produciendo un efecto de “noticias falsas”.

---

<sup>1</sup> Sacerdote diocesano de la diócesis de Lleida (España). Doctor en Teología Dogmática y en Derecho Canónico. Catedrático emérito de la Pontificia Universidad Urbaniana, de Roma; consultor para la congregación del Clero y la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Es uno de los teólogos que más ha escrito y ha desarrollado el tema de la espiritualidad del sacerdote diocesano.

Pero también se puede constatar una búsqueda de autenticidad y coherencia, porque el corazón humano, en todas las épocas de la historia, busca la verdad y el bien, como afirma S. Agustín ya al inicio de sus Confesiones: “Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta encontrarte a ti”. El “ateísmo” propiamente no existe ni puede existir en el corazón humano, porque Dios sostiene siempre el deseo profundo de verdad y de bien; pero sí existe el rechazo a la explicación (o al testimonio inadecuado) que nosotros podemos dar sobre Dios y sobre el Evangelio.

Las nuevas situaciones históricas necesitan nuevas gracias de Dios y también una renovación por parte de la comunidad eclesial y de todos los creyentes, llamados a la santidad sin rebajas y a la misión sin fronteras. Es la “conversión pastoral” en toda su integridad, especialmente a partir del corazón del apóstol.

Juan (el discípulo amado) al encontrarse ante el sepulcro vacío, “entró, vio y creyó” (Jn 20,8). La Iglesia (familia de Jesús) se encuentra ante el “sepulcro vacío” y “sonoro” de cada época histórica. Siempre guiada por el Espíritu Santo (que formó a Jesús en el seno de María y ahora lo forma en el corazón de la Iglesia), en ella surgen “santos” (que son visibilidad de las bienaventuranzas como personificación de Jesús) y no dejan de existir las luces y sombras de personas e instituciones que necesitan una mayor “conversión”, como apertura al Amor, que transparente el modo de amar de Jesús. Así es la necesidad de “conversión pastoral”, “contemplativa” y “misionera” de la Iglesia de cada época, especialmente de la nuestra.

Para poder “ver” y luego “anunciar”, hay que “escuchar” con el corazón, al estilo del apóstol Juan, viviendo la “comunidad” eclesial que, cuando es auténtica, se hace reflejo de la comunión trinitaria:

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos acerca del Verbo de la vida... Os anunciamos lo que hemos visto y oído, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1Jn 1,1.3).

Apoyarse exclusivamente en sí mismo y en las fuerzas humanas, sería un nuevo arrianismo o pelagianismo. Valerse prevalentemente de una “inspiración” aparente de gracia, que un individuo o un grupo ha tenido, podría llegar a ser nuevo gnosticismo o maniqueísmo. Estos desenfoques, por carecer de discernimiento, llevarían a hundirse en el torbellino de una historia falsa (suscitada por el espíritu del mal) que no es la verdadera historia de amor querida por Dios, Creador y Padre de toda la humanidad. Los cismas y herejías han nacido (y seguirán naciendo) de esta alienación que divide el corazón de la familia humana y eclesial. Pero siempre se dará la actitud eclesial del discípulo amado que, por haber vivido en sintonía con el amor de Cristo y por haber recibido de él a María como Madre, sabrá ver a Cristo resucitado en los signos pobres de la historia.

A Cristo se le conoce amando, y sólo se le puede anunciar y testimoniar, reflejando su amor redentor para cada ser humano y en toda circunstancia histórica y cultural, viviendo en la “comunidad” eclesial de la familia de Jesús “en medio” (Mt 18,20).

Toda nueva época necesita inspirarse en la luz del mensaje de Cristo: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (Mc 1,15). La historia se ilumina siempre con la luz de Cristo, si el corazón se abre a las bienaventuranzas y al mandato del amor. Las nuevas situaciones y las nuevas dificultades pueden convertirse en nuevas oportunidades de vivir el Evangelio y de evangelizar. Entonces la Iglesia aprende a caminar con esperanza, para hacer que el “Padre nuestro” sea la oración Cristo ora en el corazón de todo ser y de toda comunidad humana.

Se necesita despertar la conciencia misionera en un cambio de época. No es la conciencia de la Iglesia la que crea la misión, sino que es la luz del Espíritu Santo que ayuda a la Iglesia a tomar conciencia de las nuevas realidades y de las nuevas gracias, que instan a una renovación espiritual y apostólica, que se puede calificar de “conversión pastoral” por su repercusión espiritual y evangelizadora.

En un *nuevo cambio de época*, necesitamos profundizar nuestra fe en Cristo Resucitado presente, sirviéndonos de la imagen y realidad bíblica de un *sepulcro vacío*, porque *Cristo resucitado quiere mostrar su presencia salvífica que renueva la historia*. El gran cambio de época en la historia de salvación, fue cuando el crucificado, ya sepultado, resucitó. Los signos que dejó fueron desconcertantes: una cruz bañada en sangre que probablemente ya había sido usada para otros ajusticiados (y tal vez seguiría usándose), un sepulcro vacío y un grupito de discípulos (“pusillus grex”) desconcertados y amedrentados en un primer momento.

Nuestra actualidad histórica de cambio de época, necesita recordar también el año en que murió San Agustín (año 430), mientras los vándalos (después de destruir Roma) cercaban Hipona y arrasaban la Iglesia del norte de África. Para el autor de la “Ciudad de Dios”, aquella circunstancia dolorosa fue un cambio de época, no el fin del mundo. Y también necesitamos recordar el cambio de época con ocasión de la caída de Constantinopla (1453), cuando la cristiandad oriental, tan floreciente, parecía hundirse ante un desastre insospechado, con graves repercusiones en todo el occidente. La ruptura del cristianismo europeo occidental en el siglo XVI, fue también un cambio de grandes repercusiones políticas, culturales y religiosas. La comunidad eclesial necesita siempre un despertar de la fe, para que en cada situación de “sepulcro vacío”, se produzca un despertar de santidad y de nueva evangelización por parte de quienes somos “*bautizados y enviados*”.

### *1.- El “discípulo amado” de todos los tiempos, ante el sepulcro vacío*

A. El período “eclesial” desde el atardecer del viernes santo hasta el amanecer del primer día de la semana, el día del Señor

El discípulo amado, con Pedro, encontró el sepulcro vacío, “entró, vio y creyó” (Jn 20,8). Es el mismo discípulo que señalará a Cristo presente, después de un fracaso laboral y a pesar de la bruma del lago: “Es el Señor” (Jn 21,7). Y es el mismo que más tarde resumiría su experiencia contemplativa y misionera: “Hemos visto su gloria” (Jn 1,14), “os anunciamos lo que hemos oído y visto” (1Jn 1,1).

A Cristo lo descubre y conoce quien lo escucha y ama (cfr. Jn 14,21-23). Él sigue presente en cada época, escondido en los signos “pobres” que le dejan entrever, ya resucitado, cuando se recuerdan sus palabras que siguen aconteciendo: “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo” (Jn 10,17; cfr. Mt 16,21).

El discípulo amado descubre a Cristo resucitado por medio de los signos pobres de un sepulcro vacío y de unos lienzos y sudario, recordando con fe y amor (en un movimiento de su corazón) las palabras de Jesús. Es el discípulo que, junto a la Madre de Jesús, recibió también las últimas palabras del Señor e invitó a mirar (contemplar) el misterio del costado abierto, del que brotó sangre y agua, signo de la “exaltación” de Jesús.

Los signos culturales de cada época (y de cada cambio de época) son asumidos por el Verbo Encarnado para dejarse entrever a quien cree en él amándole. Las palabras de Jesús (recogidas en su evangelio) siguen aconteciendo hasta el fin de los tiempos. Faltan “lectores” enamorados de él y, por tanto, enamorados de la humanidad insertada en el proyecto de amor trazado por el Padre en Cristo (cfr. Jn 3,16; Efes 1,4 y ss).

En los signos pobres de cada época, se hace presente Cristo Salvador, como Verbo Encarnado y Redentor (cfr. Jn 1). Falta “recibirle” (cfr. Jn 1,11 y ss) y dejarse sorprender por él. El misterio de la Encarnación (Cristo hermano) y el de la Redención (Cristo que asume responsablemente nuestra historia y también nuestros pecados), se va asimilando por un “balbuceo” contemplativo y misionero por parte de la Iglesia, hasta llegar al encuentro definitivo. Estamos siempre “comenzando” un proceso abierto al infinito de Dios Amor. Así empieza la encíclica misionera de Juan Pablo II: “La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... esta misión se halla todavía en los comienzos” (*Redemptoris Missio*, n.1).

La historia humana, que es salvífica por Cristo, se discierne con una actitud de fidelidad al Espíritu Santo, más allá de nuestros baremos. La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, está siempre atenta al misterio de Cristo: “El Verbo Encarnado es, pues, el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad: este cumplimiento es obra de Dios y va más allá de toda expectativa humana. Es misterio de gracia” (*Tertio Millennio Adveniente*, n.6). Estos “anhelos” son “las semillas del Verbo”, que el mismo Espíritu Santo ya ha “sembrado” y que va “madurando” hasta llegar al encuentro explícito con Cristo (cfr. *Redemptoris Missio*, n.28).

Para despertar la conciencia misionera en estos momentos de *una nueva época*, se necesita la fe audaz del discípulo amado, que, guiado por el Espíritu comunicado por Jesús, podrá anunciar que Dios es Amor, “porque hemos conocido el Amor” (1Jn 3,16).

Así vivió su proceso “contemplativo” y mariano el discípulo amado, aunque no sabemos todos los detalles de espacio y tiempo. A la Madre de Jesús “la recibió en su casa” (Cfr. 19,27), es decir, “en comunión de vida”, en familia.

Los dones de Jesús son expresión de él mismo, vivido en familia, donde esos mismos dones se comparten fraternalmente. María vivió su dolor y amor de madre, con fe y esperanza,

acompañada por las mujeres y el discípulo, que habían estado con ella junto a la cruz y presenciaron la sepultura.

El discípulo amado y las mujeres que habían seguido al Señor, se sentían urgidos a acompañar a la Madre de Jesús. Pero también necesitaban ver en ella la serenidad de un rostro que se iba expresando bajo la acción amorosa del Espíritu Santo, por un proceso continuado de conocer a Cristo viviéndolo y amándolo. El camino de la fe esperanzada es siempre “oscuro” para la lógica humana, porque la luz de Dios deslumbra, también cuando produce dolor en los creyentes, especialmente en quien era “bienaventurada por haber creído” (Lc 1,42).

La fe de Juan, que había iniciado con un “encuentro” (cfr. Jn 1,39), necesitaba ahora vivir en “comunión” con la Madre de Jesús, conviviendo con sencillez aquellas largas horas después de la sepultura del Señor, que para María eran de una “soledad” dolorosa y, al mismo tiempo, llena de una nueva presencia de Cristo.

En María seguirían resonando las últimas palabras de Jesús: “he aquí a tu hijo” (Jn 19,26). Ella siempre seguía las luces y mociones del Espíritu Santo. En los que le acompañaban (o se sentían más relacionados con ella como Juan), seguían resonando las palabras, ahora también bajo la acción del Espíritu Santo: “He aquí a tu madre” (Jn 19,27). Todos necesitaban ver el rostro creyente de María, expresión de su nueva maternidad en el camino de la fe en Cristo.

La Iglesia de todos los tiempos vive o está llamada a vivir, en el “día del Señor”, esta misma experiencia de encuentro con Cristo resucitado, escondido en los signos pobres del caminar eclesial y de toda la humanidad.

La Iglesia de todos los tiempos sigue meditando las palabras de Jesús. En todas ellas se expresan los latidos de su Corazón y se refleja todo su mensaje: las bienaventuranzas, el mandamiento del amor, el Padre nuestro... Ante cualquier encrucijada de la historia, la humanidad necesita ver este mensaje (que personifica al mismo Jesús), expresado en la Iglesia como “memoria” viviente del Evangelio. Es el desafío de toda nueva época, también y especialmente de la nuestra.

La actitud contemplativa y comprometida de María era todo su programa para releer los momentos clave de su vida: “Meditaba en su corazón” (Lc 2,19.51). Y en ese corazón maternal, figura de la Iglesia, resonaban las palabras oídas de los labios de Jesús, ahora iluminadas por el acontecimiento pascual de muerte y preludio de la resurrección. Era el momento clave de la historia salvífica de la humanidad.

Ella había escuchado del ángel: “Su reino no tendrá fin” (Lc 1,33) y pudo captar mejor el significado de: “Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino... hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc 23,42-43). El martirio del Precursor (cfr. Mt 14,10-12) le recordaba: “Tú, niño, irás delante del Señor a preparar sus caminos” (Lc 1,76). El perdón en la cruz (“perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”, Lc 23,34), estaba incluido en el nombre de “Jesús” (cfr. Mt 1,21). El costado abierto (cfr. Jn 19,34-37) la remitía a la profecía de Simeón: “¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!” (Lc 2,35); para recordarle que Jesús era “la

salvación... preparada a la vista de todos los pueblos” (Lc 2,31-32). Jesús que, ya desde niño, había anunciado su ocupación en las cosas o casa de su Padre (cfr. Lc 2,49), se había entregado confiadamente en sus “manos” (cfr. Lc 23,46), cuando había llegado “su hora” (cfr. Jn 2,4; 19,30). Su “cuerpo entregado” y su “sangre derramada en sacrificio” (cfr. Lc 11,19-20), era su “abandono” filial en manos del Padre ya desde el seno de su madre (cfr. Sal 21,1 y ss; Mc 15,34). Así ella iba ya viviendo su “nueva” maternidad (cfr. Jn 19,26-27; Mt 12,48).

Estos contenidos evangélicos formaban parte de la contemplación de María, recordando las palabras de Jesús: “Doy mi vida para recobrarla de nuevo” (Jn 10,17), “el hijo del hombre... al tercer día resucitará” (Mt 17,22-23).

La “contemplación” de María en su corazón se reflejaba en su rostro y actitudes conviviendo con los demás discípulos (las mujeres y Juan). Y también en su rostro dejaba traslucir un itinerario de serenidad por parte de quien era “la creyente”. Los himnos y salmos los recitaba entonces con esta actitud, bajo la acción del Espíritu Santo, por quien había concebido la Palabra de Dios antes en su corazón que en su seno. Todo se realizaba con el trasfondo de la Pascua (el cordero pascual).

Los momentos difíciles de un cambio de época, sólo se pueden discernir y afrontar con *la actitud mariana que es quintaesencia de la naturaleza misionera de la Iglesia*: recibir a Jesús en el corazón y transmitir a Jesús desde un corazón apasionado por él. Cuando la Iglesia queda “tocada” por la cruz, entonces es el momento privilegiado, a modo de llamada para recibir las nuevas gracias del Espíritu Santo, que responden a las nuevas situaciones y necesidades históricas.

La frase mariana en la despedida del Papa Benedicto (que hemos citado más arriba), resume el misterio de la Iglesia: “La Iglesia vive, crece y se despierta en las almas, que —como la Virgen María— acogen la Palabra de Dios y la conciben por obra del Espíritu Santo; ofrecen a Dios la propia carne y, precisamente en su pobreza y humildad, se hacen capaces de generar a Cristo hoy en el mundo”.

B) El momento salvífico de resucitar Jesús, fuente de fe vivida en la comunidad eclesial misionera

Ese momento salvífico nos pertenece a todos. Es el gozo de Jesús: por ver glorificado al Padre (su proyecto de amor) y por asumirnos en su mismo triunfo (participando de todo su misterio pascual de muerte y resurrección). Desde este primer momento, él desea ardentemente hacernos partícipes de su mismo gozo salvífico.

María, por ser siempre “Virgen”, vivió continuamente en sintonía con los dolores y gozos de Jesús: desde la concepción y nacimiento, hasta su muerte y sepultura... En estos momentos de la resurrección, su sintonía fue con el gozo de Jesús resucitado. Le bastaría el recuerdo de la promesa de Jesús (“resucitará”). Un movimiento de su corazón, suscitado por el Espíritu Santo, podía tener mucho efecto que una aparición visible (aunque no se descarte). Lo

importante es la fe de María, como “adhesión” personal y esponsal a Cristo para correr su misma suerte.

Aquellas horas del atardecer del viernes hasta el amanecer del domingo, María, unida en sintonía con su Hijo, contemplando sus palabras en su Corazón, también en sintonía con lo que de niña había aprendido (el salterio, la Pascua, las profecías, etc.), fue un itinerario guiado por el Espíritu Santo. Su interioridad se reflejaba en su porte externo, orando en compañía de quienes la acompañaban por encargo de Jesús.

Juan, viviendo “en comunión de vida” con la Madre de Jesús, la iba acompañando en las circunstancias sencillas de la casa (tal vez en el mismo Cenáculo). El discípulo amado, que había reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús y que había recibido a María como Madre, se iba adentrando en “descubrir” (propiamente dejarse sorprender por) las pequeñas circunstancias del día a día, como “memoria” del mismo Jesús. Estaba “preparado” para decir que “sí”, en el primer momento en que Jesús se manifestara con cualquier signo “pobre”...

Es el camino contemplativo y misionero a que está llamada la Iglesia, experimentado especialmente en la celebración eucarística del “día del Señor”. Las dificultades de una nueva época las afronta la Iglesia haciéndose (bajo la acción del Espíritu Santo) más transparencia e instrumento de Jesús y de su mensaje: “sacramento universal de salvación”. Si no ven a la Iglesia de las bienaventuranzas y del mandato del amor, no ven a Jesús. Y si la Iglesia no es personificación de las bienaventuranzas, ante los nuevos cambios sólo se perciben tempestades y fantasmas. No estaría bien perder el tren de la historia, que siempre camina bajo la providencia divina.

En aquella mañana de “Pascua”, la pequeña comunidad eclesial vivió de sorpresa en sorpresa. La escena de las mujeres que compran y preparan lo ungüentos, y que luego van al sepulcro y lo encuentran vacío, indica un corazón que no puede prescindir del Amado (Jesús). Se encuentran ante una “ausencia” inesperada e inexplicable. Siguen buscando en un silencio que parece vacío. Pero quien busca es que ha empezado a encontrar.

Los signos angélicos ayudan, pero no les bastan. Magdalena comunica esta “ausencia” calificándola de un presunto “robo”, pero ya no puede vivir sin volver al sepulcro para seguir buscando. Ha comenzado a encontrar, pero todavía no del todo.

El discípulo amado, con Pedro, va al sepulcro y lo encuentra vacío, los lienzos (o sábana) por el suelo y el sudario plegado. No cabe una explicación humana. Pero “entró... vio y creyó” (Jn 20,8).

Es el discípulo que había convivido (“en comunión de vida”) con la Madre de Jesús durante las largas horas precedentes. La cercanía filial había sido de “comunión” eclesial y familiar. El rostro materno de María se había mostrado doloroso y esperanzado “in crescendo”. Porque los dos (la Madre de Jesús y el discípulo) creían en Jesús amándolo, y recordaban en su corazón los hechos y dichos del Señor que había anunciado su resurrección.

Al discípulo amado le bastaba un signo pobre para encontrar que Jesús se manifestaba como resucitado. Le había preparado la presencia activa y materna de María. Por esto, le bastó un



movimiento del corazón para leer con fe (que es “conocimiento vivo”) los acontecimientos pascuales (que para el “mundo”, y a veces también para los técnicos, seguirán siendo incomprensibles): un sepulcro vacío y los lienzos, “memoria” de la glorificación en la cruz de quien seguiría con el costado abierto para mostrarlo a sus discípulos y hacerles misioneros sin fronteras.

Todo el grupo de los demás discípulos necesitarán un signo más fuerte para creer: las apariciones. Pero el Señor les irá guiando a cada uno según su peculiaridad y su propia pobreza: la búsqueda aparentemente inútil de Magdalena, la tristeza estéril de los dos discípulos camino de Emaús (cuyo corazón ardía al escuchar la explicación de las promesas y se dejaron sorprender por el “partir del pan”), una aparición inesperada para comer con todos ellos y mostrar sus llagas... Todos esos signos eran una preparación para comprender (movidos por el Espíritu Santo) las palabras del Señor: “Soy yo” (Lc 24,34).

Cada uno se convirtió, bajo la acción del Espíritu Santo, a modo de examen de amor, en un testigo (pobre y audaz) de la Resurrección: “He visto al Señor” (Jn 20,18), “verdaderamente ha resucitado el Señor y ha aparecido a Simón” (Lc 24,34), “le conocieron al partir el pan” (Lc 24,35), “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28), “es el Señor” (Jn 21,7), “nosotros somos testigos” (Hech 2,32) ...

El testimonio de quien, ante los signos de una ausencia humanamente inexplicable, “vio y creyó” (Jn 20,8), es programático para la Iglesia de todos los tiempos. Los cambios de época y las pruebas inherentes a un caminar histórico (siempre salvífico), necesitan el testimonio de quien ha apoyado su cabeza sobre el pecho de Jesús y ha recibido a María como Madre. Jesús sigue haciéndonos un examen de amor: “¿Me amas más, tú?” (Jn 21,15 y ss).

Sin contemplación y seguimiento de enamorado, no hay misión evangélica que deje transparentar a Cristo Resucitado y su mensaje de las bienaventuranzas, del mandato del amor, de la actitud filial y fraterna del “Padre nuestro”, para seguir mirando a cada acontecimiento histórico y a todos y cada uno de los hermanos como los mira Jesús que vive en nosotros.

Ante las nuevas situaciones de cada época (también de la nuestra), habrá que vivir en sintonía con las últimas palabras de Jesús: “Padre, me pongo en tus manos” (Lc 23,46). No cabe otra actitud que la de una confianza filial y responsable de donación (darse, no sólo dar cosas), que es preludeo de una nueva resurrección. Entonces se descubre a Jesús donde parece que no está.

La Iglesia se hace misionera viviendo “el día del Señor” en toda su perspectiva de escuchar la Palabra, celebrar la Eucaristía, compartir los bienes con los hermanos, para ser “un solo corazón y una sola alma”. Es el gran reto de una nueva época, al que estamos llamados a responder.

## *2.- La Iglesia evangelizadora en una nueva época ante un sepulcro vacío*

### A) Iglesia en estado permanente de misión y de conversión pastoral

El discípulo Juan (junto con los demás Apóstoles) nos ha dejado el legado de la fe contemplativa y misionera en el gran cambio de época de la “Pascua”: ver a Jesús donde parece que no está, y también seguir anunciándolo donde parece que no se le conoce ni se le escucha. Estamos llamados a ser signo de cómo ama Él, es decir, dándose a sí mismo. Sólo entonces podremos decir con autenticidad: “Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos” (1Jn 1,3).

“Dios amor”, que ha enviado a su Hijo como salvador y redentor, quiere nuevos testigos que respondan a los retos de una nueva época. La Iglesia es “sacramento” (signo transparente y portador) y también “memoria” viviente y signo visible de Cristo Resucitado, en cada momento de nuestro caminar histórico.

Se anuncia el mensaje sobre Dios Amor revelado por Cristo: vivir las bienaventuranzas (que son la personificación de Jesús), el mando del amor (que es la actitud de darse como él), la apertura del corazón a la Palabra (como lectio divina en el corazón), la actitud filial, fraterna y universal del Padre Nuestro (como continuación de la misma oración de Jesús).

La naturaleza evangelizadora y materna de la Iglesia corre a la par de su naturaleza mariana. El discípulo que recibe a María como Madre es el mismo que pudo anunciar: “Es el Señor”, “hemos oído y visto...hemos visto y oído”... La naturaleza “mariana” de la Iglesia implica una conversión pastoral (contemplativa y misionera), porque *María* es “la realización más pura de la fe” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n.149), “modelo de fe vivida” (*Tertio Millennio Adveniente*, n.43; cfr. Lc 1,45).

La “conversión”, como proceso de apertura permanente al amor, es la esencia de la “pastoral”, cuando ésta se entiende como sintonía con Cristo (“su espíritu”, *Presbyterorum Ordinis*, n.13), por el hecho de prolongar su palabra y su acción salvífica con su misma actitud de “caridad” del Buen Pastor (“caridad pastoral”).

Quien aspire a ser Iglesia misionera como transparencia de las bienaventuranzas en una nueva época, tendrá que compartir la misma suerte de tantos misioneros, como también de los Papas de nuestro presente histórico: la contradicción de los “buenos”. Es el “escándalo” permanente ante el Evangelio, especialmente si, por parte de la comunidad eclesial, no se da testimonio auténtico del mensaje evangélico o si, por parte de los oyentes, no se quiere recibir el mensaje cristiano tal como es y consecuentemente disponerse a la “conversión”.

El encuentro entre todas las culturas y religiones tiene lugar hoy geográficamente por primera vez en la historia: migraciones, turismo, comercio, deporte, política... Y el mundo “digital” se ha hecho global (a veces, prepotente) en la realidad de todos los días. El cristianismo se encuentra hoy y en todas partes en situación de misión “ad gentes” en nuevos “areópagos”. Y aunque toda vocación cristiana es por naturaleza misionera, se necesitan hoy más que nunca vocaciones específicas (“misioneros” específicos “ad vitam” y “ad gentes”) que sean “memoria” de la vocación misionera de toda la Iglesia. Y también se necesitan servicios peculiares para hacer realidad esta responsabilidad misionera de toda la Iglesia.

Es un momento privilegiado para responder a la realidad de las semillas del Verbo (sembradas por el Espíritu Santo y en proceso continuo de maduración), como hemos citado más arriba.

Es toda la Iglesia y, concretamente, cada Iglesia particular la que está llamada siempre a la disponibilidad misionera universal “ad gentes”. Esta disponibilidad atañe también a las Iglesias jóvenes y necesitadas de personal misionero. La relación intereclesial entre unas y otras queda marcada hoy por la necesidad de organizarse y vivir de modo permanente en dimensión “ad gentes”. Y precisamente por esto, hoy más que nunca es necesaria la vocación misionera estrictamente dicha “ad vitam”, como “memoria” viviente y responsable, a modo de instrumento y servicio para mantener el tono de la misionariedad universal.

Mientras la misión “ad gentes” se hace connatural a cada iglesia y comunidad eclesial, que van tomando conciencia de esta responsabilidad misionera, la novedad actual consiste también en las nuevas dificultades sociológicas y culturales, que dan la sensación de ser una “ausencia” y “silencio” del verbo Encarnado y Redentor, a modo de “sepulcro vacío”. El primer efecto constatable en algunos creyentes (y apóstoles), es el hecho de tambalearse por el desánimo o por el cansancio, como ante una dificultad humanamente insuperable.

Si observamos esta realidad actual con perspectiva de fe, podremos observar que estamos siempre en una nueva irrupción pascual, parecida a la primera. El “fermento” evangélico debe purificarse y hacerse más auténtico para que, en lugar de reducirse a un pequeño grupo selecto y cerrado, se inserte profundamente en toda la masa para fermentarla.

Es necesario mirar y repasar el pasado con gratitud (no perder nada de los dones ya recibidos). Siempre ha habido testigos auténticos del Resucitado, que han sabido responder a los retos de cada época. Y los documentos magisteriales sobre la misión son ya una herencia para recibir, compartir, mejorar y transmitir al futuro.

Las nuevas situaciones del presente son signos de esperanza, portadores de nuevas gracias. Se necesitan testigos de haber encontrado a Cristo resucitado donde parece que no está. Serán testigos audaces (con la “parresía” del Espíritu) que, por haber escuchado a Cristo de corazón a corazón, lo han visto y tocado, y no pueden dejar de anunciarlo (cfr. Hech 4,20).

Las nuevas situaciones son signo de que siempre se puede hacer lo mejor, aunque todavía no se ha hecho. Cuando se ama a Cristo, las nuevas dificultades se convierten en nuevas posibilidades de evangelizar. Pero el apóstol necesita salir de sus propios intereses y de su punto de vista de sólo conservar lo ya conseguido. El “niéguese a sí mismo” del evangelio equivale a participar en la fecundidad de la cruz de Cristo; es la auténtica “autoestima”.

## B) Iglesia, misterio de comunión misionera, en itinerario sinodal

No se aceptará el mensaje evangélico de las bienaventuranzas, si no ven una Iglesia pobre y humilde, itinerante por un camino de “comunión” y “sinodalidad” (reflejo de la Trinidad): “No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en el nombre de Jesucristo de Nazaret,

levántate y camina” (Hech 3, 6). Es el fruto de una Iglesia “comunidad”, donde todos “eran un solo corazón y una sola alma” (Hech 4,32).

La Iglesia será misionera en la medida en que sea “contemplativa”. Caminado en comunión de hermanos, que escuchan la Palabra, se discierne con fidelidad la acción del Espíritu Santo: “Oiga la Iglesia qué le dice el Espíritu” (Apoc 2,7 y ss). La realidad concreta del camino está dentro de la perspectiva de la Encarnación y Redención. La Providencia acerca de la historia de la Iglesia, es la misma que guió la vida de Jesús de Nazaret, confiado en las manos amorosa del Padre.

La “comunidad” eclesial es un proceso permanente de abrirse a los planes de Dios sobre cada comunidad y sobre toda la familia humana. La eficacia misionera depende de la comunión eclesial. Es “comunidad” que, por reflejar la vida trinitaria de Dios Amor, se hace “camino sinodal” de hermanos que quieren vivir en Cristo y anunciarlo con autenticidad a todos los pueblos. El mensaje revelado no es propiedad nuestra.

Somos una familia de “barro” en manos del alfarero. El tesoro es ahora la vida en Cristo que urge a la conversión y a la misión, es decir, a la “conversión misionera”. Pero no dejamos nunca de ser barro, humilde y confiado, que se deja moldear (cfr. 2Cor 4,7). No existe un verdadero plan de pastoral, si no se parte de la necesidad de una “conversión pastoral”, que es de nueva apertura de los corazones en sintonía con el modo de amar del Buen Pastor. Es la verdadera apertura a la santidad, que tiende seriamente a la “perfección de la caridad” (*Lumen Gentium*, n.40).

Los pasos de la Iglesia como misterio de comunión misionera están dentro de un proyecto de Dios, que se pone en práctica paso a paso según el grado de nuestra vida de caridad (corazón unificado y comunidad unida).

Las dificultades y problemas, son propiamente nuevas posibilidades de construirse amando, como personas diferentes y comunidad eclesial. Las tentaciones oscilan siempre entre apoyarse unilateralmente en el propio esfuerzo o en el confiar que todo lo hará la gracia. Cuando no se vive la “comunidad” eclesial (que es reflejo de la vida trinitaria), todas las dificultades y diferencias se convierten en problemas insolubles. Cuando se ama de verdad a los hermanos, los problemas (que casi siempre son superficiales) se esfuman.

Sin compromisos verdaderos en la contemplación, perfección y comunión, no puede existir la misión cristiana que se basa en la presencia real de Cristo Resucitado en el camino histórico de la Iglesia.

En el caminar eclesial y en el actuar misionero, “hemos creído en el amor que Dios nos tiene” (1Jn 4,16), el cual “amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3, 16). Sin esta perspectiva, todo esfuerzo se queda en agua de borrajas.

El encuentro de cada creyente (cristiano) con otro ser humano, se convierte en un mensaje: *Dios te ama, Cristo ha venido por ti*. Quien se encuentra con un cristiano enamorado de

Cristo, percibe (si no pone obstáculo) que aquel creyente es un reflejo de un proyecto de amor de Dios sobre cada persona.

Es, pues, la “conversión pastoral” que lleva a vivir la realidad cristiana: “La Iglesia existe para evangelizar” (*Evangelii Nuntiandi*, n.14) y “comienza por evangelizarse a sí misma” (ibídem, n.15). Todavía hoy resulta sorprendente el llamado de Juan Pablo II a esta conversión eclesial, con vistas a ser testigos de la vida cristiana: “Urge *recuperar y presentar* una vez más *el verdadero rostro de la fe cristiana*, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la mente, sino *un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva* de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida... La fe es un decisión que afecta a toda la existencia; es encuentro, diálogo, comunión de amor y de vida del creyente con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida (cfr. Jn 14,6). Implica un acto de confianza y abandono en Cristo, y nos ayuda a vivir como él vivió (cfr. Gal 2,20), o sea, en el mayor amor a Dios y a los hermanos” (*Veritatis Splendor*, n.88).

El mundo de hoy necesita ver el gozo pascual vivido por los cristianos, quienes son portadores de un mensaje universal: saberse amados, hacerse disponibles para amar y darse como Cristo. “La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (*Evangelii Gaudium*, n.268). Hay que atreverse (con “parresía”) a ir “donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades” (ibídem, n.74).

El itinerario misionero es, pues, un proceso de discernir la acción del Espíritu Santo hoy. Su acción salvífica se descubre en los “signos de los tiempos”, es decir, en los acontecimientos interpretados “a la luz de la Palabra divina” (*Gaudium et Spes*, n.44). Se afronta la realidad a la luz de los dones ya recibidos en toda la historia de la Iglesia, escuchando la Palabra de Dios tal como ya ha resonado en el pasado y en armonía con las nuevas luces para entender y vivir la nueva realidad.

Son tiempos de esperanza, testimoniada a partir de una vida al estilo de Jesús, pobre, humilde, hecho pan partido. Sin pobreza evangélica, faltaría la alegría y la libertad de evangelizar, y tampoco sería posible la comunión eclesial. La Iglesia de la esperanza es la Iglesia de las bienaventuranzas, reflejadas en el rostro y en la vida de todo apóstol y de toda comunidad apostólica.

La Iglesia se hace disponible para la evangelización cuando hay armonía y comunión entre vocaciones, ministerios y carismas. Entonces, como en el Cenáculo, preparándose para Pentecostés, es toda la Iglesia que vive “perseverando en la oración, con un mismo espíritu en compañía de María, la madre de Jesús” (Hech 1,14). Es el estilo mariano de la acción misionera de la Iglesia, “porque cada vez que miramos a María volvemos a creer en lo revolucionario de la ternura y del cariño” (*Evangelii Gaudium*, n.283).

### 3.- *La urgencia de vivir fielmente la evolución armónica del Magisterio misionero y del camino eclesial para evangelizar en una nueva época*

#### A) Una herencia misionera recibida y vivida armónicamente

Un cambio de época, vivido con fidelidad a las nuevas gracias del Espíritu Santo, puede producir testigos cualificados como el discípulo amado, que encontró a Cristo resucitado porque meditó en su corazón la realidad profética de un sepulcro vacío. Es el “discípulo” que se necesita hoy en nuestro cambio de época: “Os anunciamos lo que hemos visto y oído” (1Jn 1,3), porque “hemos conocido el amor” (1Jn 3,16). Escuchando las palabras del Señor en el corazón, es posible llegar a verlo donde parece que no está, porque se le conoce amando. Y esta experiencia de fe vivida garantiza la autenticidad del testimonio misionero en la actualidad.

La dinámica de la respuesta a la nueva época consiste en pasar del encuentro con Cristo Resucitado, a la misión, para cumplir el encargo del Señor a la mujer que sería calificada como “apóstol de los Apóstoles”: “Ve a mis hermanos” (Jn 20,17). Y él, que nos hace partícipes de su misma misión, asegura su presencia y acompañamiento: “Id... estaré con vosotros” (Mt 28,19-20). Por esto, en cualquier época histórica y también en un cambio de época, “conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (*Evangelii Nuntiandi*, n.81).

Ante el “sepulcro vacío”, que resume los retos de una nueva época, se necesita la “contemplación” misionera de la Iglesia sobre una herencia de gracia como son los documentos magisteriales de los siglos XX-XXI sobre la misión. Con esta actitud contemplativa del discípulo amado, también aprendida de María, es posible descubrir las nuevas oportunidades de evangelizar y las nuevas gracias del Espíritu Santo. Lo que parece un obstáculo, se puede convertir en nueva posibilidad de anunciar a Cristo.

La respuesta misionera a una nueva época y la urgencia de una nueva evangelización, se puede captar en la armonía de los documentos misioneros de estos últimos años, los cuales se conjugan en una evolución armónica con la que se profundizan los valores complementarios: anuncio, testimonio, proclamar la fe, implantación de la Iglesia, vocaciones nativas, inserción en las culturas, responsabilidad misionera de toda la Iglesia, espiritualidad misionera, nuevos paradigmas, ser portadores de la experiencia de un encuentro con Cristo. El Pueblo de Dios, guiado por el Magisterio, ha ido caminando en este proceso de vivencia de la misión universal.

El despertar de la conciencia misionera de la Iglesia ante una nueva época (desde finales del siglo XX y en el inicio del siglo XXI), ha sido preparado por el Espíritu Santo que guía siempre a la Iglesia. Es el mismo Espíritu de amor que, como en Pentecostés, a los Apóstoles “los convierte en testigos o profetas, infundiéndoles una serena audacia que les impulsa a transmitir a los demás su experiencia de Jesús y la esperanza que los anima” (*Redemptoris Missio*, n.24).

## B) La dinámica de una fe vivida que urge a la misión actual

Puesto que la sociedad humana actual pide testigos que hayan experimentado el encuentro con Cristo, “el futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, sino es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble. El misionero es un testigo

de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: « Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos » (1Jn 1, 1-3)” (*Redemptoris Missio*, n.91).

Si las semillas del Verbo, sembradas por el Espíritu Santo en culturas y religiones, han ido madurando para abrirse a Cristo, se necesita el testimonio de quien, por la fe, ya ha encontrado a Cristo por medio de “un silencio lleno de una presencia adorada” (*Orientalis lumen* 16). Es una experiencia del amor de Cristo (“Verbo en el silencio”, según S. Ignacio de Antioquía), que comunica la actitud misionera de un “silencio que permite al Otro hablar cuando quiera y como quiera, y a nosotros comprender esa palabra” (*Vita consecrata*, n.38).

Los no cristianos, necesitan encontrar en los creyentes en Cristo, el aprecio, inexplicable humanamente, sobre los valores auténticos de sus culturas y religiones. Sólo a la luz del Verbo Encarnado (y en encuentro personal con él) se pueden apreciar las semillas del Verbo, mientras, al mismo tiempo, se van purificando de imperfecciones inherentes a toda obra humana. Nuestro aprecio a la luz de la fe, evitará el sincretismo y relativismo, y ayudará a abrir los ojos de los no cristianos a una nueva presencia de Cristo expresadas en el mandato del amor practicado por los cristianos. Entonces podrán llegar a vislumbrar que nuestros rostros son el espejo del rostro de Cristo resucitado.

Esta actitud contemplativa y misionera, de la Iglesia (y de cada “discípulo amado”) se imita de María, quien “avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz” (*Lumen Gentium*, n.58). En ella fue también un camino doloroso, para percibir que la Palabra resuena en el silencio y que el “Emmanuel” es una presencia nueva cuando a nosotros nos parece “ausencia”. A la Iglesia de hoy, se le pregunta sobre este silencio y esta ausencia, a la que ella sólo puede responder con testigos de la experiencia de Dios que personifiquen las bienaventuranzas.

Al inicio de su primera encíclica, Benedicto XVI comenta la afirmación de Juan (“*hemos conocido el amor de Dios*”) como opción fundamental de la vocación cristiana: “Así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

Esta había sido su orientación desde la prima homilía en el inicio de su ministerio petrino: “Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él. La tarea del pastor, del pescador de hombres, puede parecer a veces gravosa. Pero es gozosa y grande, porque en definitiva es un servicio a la alegría, a la alegría de Dios que quiere hacer su entrada en el mundo”.

A esta urgencia responde la invitación del Papa Francisco ya desde su primera exhortación apostólica: “Lo que quiero ofrecer va más bien en la línea de un *discernimiento evangélico*. Es la mirada del discípulo misionero, que se alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo” (*Evangelii Gaudium*, n.50).

La verdadera conversión es la del corazón, que se abre a los planes de Dios Amor, revelados por Cristo su Hijo, para toda la humanidad. La conciencia misionera de la Iglesia, ante el reto de una nueva evangelización en una nueva época, se concreta en el compromiso de vivir el “bautismo”, injertándose en Cristo, es decir, ser “cristianos”, se expresión o “gloria” de Cristo ante el Padre, ser “santos”. Son las pautas de la exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*: “Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio” (n.173). “Pidamos que el Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento” (n.177).

Tal vez todavía no se ha captado suficientemente el alcance misionero de la Constitución *Veritatis Gaudium*, sobre la renovación de los estudios universitarios. Como es lógico, se ha hecho hincapié en la reforma de materias, cátedras, profesores, etc. Pero *en el proemio se indica la clave*: presentar los estudios en torno al *misterio de Cristo*, puesto que se trata de formar cristianos, santos y apóstoles. Todo estudio cristiano tiene que llevar a contemplar, celebrar, vivir y anunciar el misterio de Cristo. Ésta había sido la invitación del concilio (tal vez todavía casi sin aplicar), que ahora se repite, relacionando *Gaudium et Spes* n.22 con *Optatam totius* n.14, como afirma la Constitución:

“La verdad, de hecho, no es una idea abstracta, sino que es Jesús, el Verbo de Dios en quien está la Vida que es la Luz de los hombres (cf. *Jn* 1,4); el Hijo de Dios que es a la vez el Hijo del hombre. *Sólo Él*, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, *manifiesta plenamente el hombre al propio hombre* y le descubre la grandeza de su vocación» (*Gaudium et Spes*, n.22).

En el *encuentro con Él*... el corazón del hombre experimenta ya desde ahora, en el claroscuro de la historia, la luz y la fiesta sin ocaso de la *unión con Dios y de la unidad con los hermanos*... No sorprende, pues, que el concilio Vaticano II, promoviendo con vigor y profecía la *renovación de la vida de la Iglesia*, en vistas de una misión más incisiva en esta *nueva época* de la historia, haya recomendado en el Decreto *Optatam totius* una revisión fiel y creativa de los estudios eclesiásticos (cf. nn. 13-22). ...

La *Optatam totius* se sitúa en esta perspectiva cuando invita con fuerza a que los estudios eclesiásticos «contribuyan en perfecta armonía a descubrir cada vez más a las inteligencias de los alumnos el *misterio de Cristo*, que afecta a toda la historia de la humanidad, e influye constantemente en la Iglesia» (n.14)...

Ha llegado el momento en el que los estudios eclesiásticos reciban esa renovación sabia y valiente que se requiere para una *transformación misionera de una Iglesia* «en salida» desde ese rico patrimonio de profundización y orientación... En efecto, la tarea urgente en nuestro tiempo consiste en que *todo el Pueblo de Dios* se prepare a emprender «con espíritu» (*Evangelii Gaudium*, n.5) *una nueva etapa de la evangelización* ... hoy no vivimos sólo una época de cambios sino un verdadero *cambio de época*, que está marcado por una «crisis antropológica» (ibídem, n.55) y «socio-ambiental» (*Laudato si*, n.139) de ámbito global ... En este empeño, la red mundial de las Universidades y Facultades eclesiásticas está llamada a llevar la aportación decisiva de la levadura, de la sal y de la *luz del Evangelio de Jesucristo y de la Tradición viva de la Iglesia*, que está siempre abierta a nuevos escenarios y a nuevas propuestas”.



*Síntesis conclusiva: "Una nueva época misionera"*

La misión de la Iglesia sigue siendo la misma de Jesús, a partir de su llamada a un encuentro y un seguimiento personal y comunitario, que se traduce en misioneros testigos del Resucitado. Ésta fue la visión profética de San Juan Pablo II, después de afirmar y explicar que "el misionero es el hombre de las bienaventuranzas" (*Redemptoris Missio*, n.91) modelado por la acción del Espíritu Santo:

"Nunca como hoy la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos. *Veo amanecer una nueva época misionera*, que llegará a ser un día radiante y rica en frutos, si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo. Como los Apóstoles después de la Ascensión de Cristo, la Iglesia debe reunirse en el Cenáculo con « María, la madre de Jesús » (Hech 1, 14), para implorar el Espíritu y obtener fuerza y valor para cumplir el mandato misionero. También nosotros, mucho más que los Apóstoles, tenemos necesidad de ser transformados y guiados por el Espíritu" (*Redemptoris Missio*, n.92).

Todo cambio de época (que seguirá aconteciendo en el decurso de los siglos) es una ocasión para que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, se renueve a la luz de las bienaventuranzas y del mando del amor. Cambian muchas cosas porque necesitan renovación y actualización. El corazón del Evangelio sigue el mismo, más claro y palpitante. La clave está en disponerse para secundar las gracias del Espíritu Santo en un nuevo Pentecostés que Dios nos concede para afrontar nuestra nueva época.

El paradigma de la exhortación *Christus vivit* consiste en vivir día a día la realidad de la presencia de Cristo en la vida de cada persona y de cada comunidad. "*Vive Cristo*, esperanza nuestra... ¡Él vive y te quiere vivo! Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza" (*Christus vivit*, nn.1-2).

Insertándose en esta paradigma vivencial, a modo de "conocimiento de Cristo vivido personalmente" (*Veritatis Splendor*, n.88), es posible vivir en sintonía con las llamadas misioneras de todos los demás documentos conciliares y postconciliares (de los que ya hemos citado algunos). El "escándalo" de la cruz y del sepulcro vacío, que tienen lugar en cada época histórica de modo siempre inédito, se soluciona en una comunidad eclesial que es familia, porque, reunida en el Cenáculo con María, no puede prescindir del encuentro con Cristo Resucitado el "día del Señor".

El desafío de la Iglesia misionera en una nueva época, se va resolviendo en el "Amén" de la eucaristía dominical: amén mariano y materno de una Iglesia misterio de comunión misionera ("cor unum et anima una"), donde todo se comparte según el mandato del amor, y algunos son "memoria viviente" y "signo sacramental" del amor del Buen Pastor.

La mejor escuela para una Iglesia misionera en una nueva época, es la participación responsable y comprometida de toda la comunidad en la Eucaristía del día del Señor. El estilo misionero y escatológico de “ven, Señor Jesús”, es urgencia de preparar la venida del Señor para toda la humanidad. La comunidad eclesial se va haciendo misionera al estilo de los Apóstoles y de la Iglesia primitiva.

Una nueva época necesita: autenticidad, coherencia, vivencia, experiencia de Cristo, “comunión”, compartir (solidariedad de bienes)... Necesitamos actualizar el primer “kerigma” como anuncio de Cristo resucitado: “Nosotros somos testigos” (Hech 2,32). La vida y el despertar de la conciencia misionera de la Iglesia se concreta en poder decir en nuestras circunstancias históricas, como Pablo en la cárcel de Cesarea: “Jesús vive” (Hech 25,19). La “clave” para afrontar la misión en una nueva época, es un don de Dios y ya está en nuestras manos. Así viviremos nuestra realidad de “*bautizados y enviados*”.

El ser humano, en todas las épocas y, por tanto, también en la nuestra, está *sediento de verdad y de bien*. Se necesitan apóstoles que, con una vida coherente, anuncien que sólo Cristo es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

Concluimos con esta oración confiada de Benedicto XVI al final de su primera encíclica *Deus Caritas est* (25 diciembre 2015), que invita a responder a *la sed permanente del corazón humano en todas las épocas*: “Santa María, Madre de Dios... Muéstranos a Jesús. Guíanos hacia Él. Enséñanos a conocerlo y amarlo, para que también nosotros podamos llegar a ser capaces de un verdadero amor y ser fuentes de agua viva en medio de *un mundo sediento*”.